

ASÍ EMPIEZA EL PRIMER CAPÍTULO DE LA NOVELA DE LOS AMANTES.  
EL CAPITULO SE LLAMA "RECUERDOS DE UNA JUVENTUD IDA"  
LA NOVELA, AL FINAL, SE LLAMARÁ "UNA HISTORIA DIGNA DE CONTAR".

## CAP. 1

La historia de Marga no empezó– ni siquiera para ella misma– el cinco de Febrero de aquel lejano año en el que nació. Su verdadera historia arrancó un cinco de Marzo, treinta y cinco años después.

Todo comenzó como un juego. Como siempre, pero esta vez era verdad. Todo comenzó con una partida de ajedrez, y las partidas de tan noble y elegante juego de mesa o terminan en tablas (y todos tan contentos) o alguien hace un jaque, y el otro queda "mate". Pues así pasó todo.

Marga vivió, y amó, pero en eso del amor siempre hay algo más, algo que hay que guardar en secreto. Aunque no siempre se consigue.

El sonido del teléfono había hecho que despertara. Una vez más se había quedado dormida en el viejo sofá. La televisión estaba encendida. Mercedes Milá entrevistaba al último de los expulsados de Gran Hermano.

Miró el reloj del video. Eran las once de la noche.

En la mesa camilla aún estaba el plato con restos de las espinacas que había comido. A su lado migajas de pan, dispersas y desordenadas, un vaso de agua a medio beber, y su pastillero abierto.

La noche era fría y lluviosa, y todo respiraba voluptuosidad en aquella casa que le ahogaba. Todas las noches tenía el presentimiento de que algo le faltaba, pero esa noche también de que algo le sobraba.

A pesar de que Marga ya había pasado de los setenta, seguía sintiéndose como esa niña que fue, seguidora de sueños imposibles.

Aunque había aprendido a vivir con ellos– quizás porque no le quedó otro remedio– seguía sufriendo porque no eran parte de su propia vida, sino

de unos recuerdos – a veces no sabía si eran reales o inventados – guardados en su imaginación.

Y si seguían allí era, precisamente, porque ella se había encargado de alimentarlos, de regarlos, y de mimarlos todas las noches de su vida.

Pero ese día Marga estaba compungida. La noticia le había cogido por sorpresa, como a todos, y la había dejado en una situación casi de estupor.

Estaba aturdida, incapaz de encontrar palabras con las que llenar el vacío que había en su mente.

Todo, dentro de ella, estaba vacío, y le resultaba imposible encontrar ideas claras que pudieran describir las sensaciones que albergaba, y, sobre todo, alejar esos funestos sentimientos que ya empezaban a quemar.

- Tía. tía. Tía. ¿me oyes? – la voz de su ahijada María sonaba extraña a través del teléfono

- no puede ser. no puede ser – decía mientras intentaba recomponer todas las piezas del puzzle que acababa de desmoronarse ante ella.

- sí, tía – dijo de nuevo, rompiendo a llorar

- ¿tu padre? No puede ser verdad – se decía mientras su pensamiento volaba años atrás, cuando todos eran más jóvenes, cuando todos estaban juntos, y cuando la vida sonreía por sí sola.

Ella siempre había sido capaz de tolerar las ausencias, pero había algo en ella que hacía a esta diferente. No sabía qué era, pero allí estaba.

En cinco minutos había vuelto a resquebrajarse su mundo. Una vez más.

Sentía que, de nuevo, perdía el timón de su barco, y su vida perdía parte de su sentido.

Le dolía el alma más que el cuerpo, le agotaba la tristeza que le golpeaba con sus fríos látigos, y le cegaba una visión que tanto necesitaba para seguir con su búsqueda de la felicidad.

Como una película, allí de pie, estática, aún sin colgar el teléfono, se repetían escenas de una vida extraña, y revivía centenares de

recuerdos bonitos, en un intento de volver a verle a través de la memoria.

El desasosiego empezó a desaparecer, lentamente, cuando aparecieron las primeras lágrimas, y con ellas ese necesario drenaje de emociones.

Una vez más, como ya llevaba sucediéndole en los últimos años de su nueva vida, se sintió obligada a soportar ese sentimiento que menos soportaba.

Dolorida hasta no poder más su alma se alejaba de ella, siguiendo ese agua que recorría los cristales de la ventana, bajando hacia el piso inferior, deseoso de llegar pronto al río formado en la calle.

Resistirse al dolor carecía de sentido, pero no podía evitarlo. Siempre temió al dolor.

- ¿Vas a venir tía? – dijo la joven, llorando al otro lado del auricular – por favor, quiero que vengas. Tienes que venir

- ¿y tu madre? ¿crees que querrá que vaya?

- tienes que venir, tía. Tienes que venir.

**Continuará en la novela que ya mismo podréis leer.**